

roes y acaeceres militares y civiles paradigmáticos. ¿Cómo aceptar como satisfactoria una interpretación que hacía de la independencia «... el resultado natural e inevitable de los acontecimientos liberales de la Europa [...]; de las necesidades económicas...»? ¿Cómo reconocer una versión que rechazaba aquella que «... se la atribuye a soldados que no fueron sino el instrumento visible y aparente de esas grandes y eternas causas»?⁴⁶

Para Alberdi esta última atribución no era otra cosa que un «error intencional», «cometido por cálculo egoísta». Y por añadidura la polémica entre Mitre y Vélez venía a ser «... una discusión de muchachos de escuela o de viejas majaderas».⁴⁷

Flores aparte —todo lo envenenadas que se quiera— Alberdi desplaza el problema y se desinteresa de lo que había dividido a don Dalmacio y a don Bartolomé. Su ángulo de enfoque no es dirimir jerarquías entre Güemes y Belgrano. Pero su concepción acabaría siendo una de esas vías muertas, o fracasadas, de las que pueblan la escritura de la historia por inservibles —más allá de su verdad o inverdad— a conveniencias políticas reputadas de fundamentales en una coyuntura dada.

3.2. *La teoría de las dos democracias*

Enfrentado Mitre con hechos tan capitales como la insurrección en la Banda Oriental, creyóse en la necesidad de pensar algo que podríamos llamar «teoría de las dos democracias». Partiendo de Manuel Belgrano como arquetipo, explica que «... no era un demócrata a la manera de Artigas y de Güemes, expresiones exageradas de la democracia en una época de revolución ...»⁴⁸ Güemes y Artigas son pues dos demócratas exagerados, aunque desde otro punto de vista —acaso más sólido que el de Mitre— podría considerarse la relación de ambos con sus seguidores no como una expresión de democracia, sino de consubstanciación de resultados de un tipo de liderazgo de que sólo pueden dar cuenta condiciones sociales muy específicas. Y eso sin desconocer lo que historiadores uruguayos nos han revelado sobre ideas de Artigas que hacen, aquí tal vez sí, a una democracia «exagerada» según la perspectiva de Mitre.

Insiste el «padre de la historiografía argentina»: esas dos democracias son producto no evitable de una «... mayoría llamada a influir, a obrar, a combatir y por consecuencia, a pensar como podía...», convocada por «... la minoría inteligente que concibió la revolución en silencio...» y sólo pudo llevarla cabo «... con el auxilio de las fuerzas sociales, cuya energía y dirección no era posible haber calculado de antemano».⁴⁹ Esa conjunción —colisión al mismo tiempo— hizo que el pueblo elevara al poder «... a sus representantes natos [...]. Tales caudillos fueron la encarnación del poder de esa democracia indisciplinada...».⁵⁰ Pero «... el caudillismo, poderoso elemento de combate, dado el atraso social del pueblo, llevaba en sí los gérmenes de la decadencia so-

⁴⁶ Juan Bautista Alberdi, «Belgrano y sus historiadores», obra citada, p. 75.

⁴⁷ Juan Bautista Alberdi, «Belgrano y sus historiadores», obra citada, p. 75.

⁴⁸ Bartolomé Mitre, Estudios históricos sobre la revolución..., edición citada, p. 55.

⁴⁹ Bartolomé Mitre, Estudios históricos sobre la revolución..., edición citada, p. 78.

⁵⁰ Bartolomé Mitre, Estudios históricos sobre la revolución..., edición citada, p. 78.

cial...»⁵¹ Luego deberá seguirse que el caudillismo fue desatado por la revolución de mayo a partir de un existente social previo en que latía discretamente lo que en una coyuntura favorable será estallido. Pero la revolución que recurre a esa instrumento y crea las condiciones para su eclosión —y que sin él no hubiera podido consumarse— en tanto hecho democrático no puede negar una similar condición a quienes tan activa y decisivamente participan en su gestación y buen resultado. De modo que en tanto hijos de Mayo, acaudillados y caudillos, participan de una Gracia común. Pero aquí se hace necesario categorizar las dos maneras de la democracia: la de la culta minoría ciudadana y la de masas y caudillos rurales. Porque englobar sin diferenciar no es otra cosa que equiparar el grupo urbano con los bárbaros que han escapado a las regulaciones del cosmos ciudadano. Y eso no es de imaginar en una sociedad, o en un grupo social por mejor decir, donde a nadie pasa por la mollera la loca idea de eliminar distinciones. Y a lo que parece, sobre todo no disolver en una masa extensa el grupo que se autoidentifica más por su cultura que por cualquier otro factor diferenciador. La aristocracia del espíritu que dijera Sarmiento —y él se incluye en la misma— reclama el reconocimiento de los fueros que cree de su incumbencia: fueros que deberá conquistar por razones de autoestima y de legitimación de sus aspiraciones a dirigir, organizar, ser Estado. Y este problema Mitre lo resuelve con la que hemos dado en llamar «teoría de las dos democracias», en que la bárbara y la civilizada, eclosionadas ambas en ocasión de mayo, deberán distinguirse como blanco sobre negro. Y ya sabemos que la última verá en la otra un enemigo no menos temible —acaso más— que el viejo amo español, que al fin de cuentas si no deseable, había fundado un sistema político y las urbes rectoras. Sarmiento, siempre contundente y habitualmente ríspido, dirá que «... todos los hombres oscuros que se levantan en las revoluciones sociales, no sintiéndose capaces de elevarse al verdadero mérito, lo persiguen en los que lo poseen, y las masas populares cuando llegan al poder establecen la igualdad por las patas, el cordel nivelador se pone a la altura de la plebe y ¡ay de las cabezas que lo excedan en una línea!»⁵²

En suma, que la minoría inteligente y culta, la aristocracia del espíritu, depositaria de un saber que equivale a los antiguos pergaminos que declaraban limpieza de sangre y linaje impoluto, siente a los desposeídos del mismo como enemigos irreconciliables que acechan el momento de destruir ese saber por incapacidad de expropiarlo.

3.2.1. El caudillo Artigas

José Gervasio de Artigas es para Mitre «... el caudillo del vandalaje y de la federación semibárbara...»⁵³. Carece de «principios vitales» y su sola bandera es el «personalismo». Su programa, una «confederación de mandones»; la base de la misma, la fuerza pura.⁵⁴

⁵¹ Bartolomé Mitre, *Estudios históricos sobre la revolución...*, edición citada, p. 79.

⁵² Domingo Faustino Sarmiento, *Obras completas, tomo VII, Editorial Luz del Día, Buenos Aires, 1952*, p. 270.

⁵³ Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano y la...*, edición citada, p. 260. En algún lugar de Facundo, Sarmiento dice que Güemes había hecho lo mismo que el doctor Francia del Paraguay, que Ibarra, López y Bustos: destruir todo el derecho para hacer valer el suyo propio; lo que hace en cierto modo de Sarmiento un precursor de Mitre en la dura caracterización del personaje salteño.

⁵⁴ Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano y la...*, edición citada, p. 260.

Veamos cómo elabora Mitre la imagen de Artigas y la presenta a sus lectores:

— posee un temple de alma superior, pero «... para dominar a los demás hombres y arrastrarlos al peligro»;⁵⁵

— su escuela fue el campo, es decir el lugar de las masas desagregadas, el espacio de la no sociabilidad; allí fue enviado por sus padres cuando tenía catorce años;⁵⁶

— sus ocupaciones en el campo (en «la estancia» escribe Mitre, es decir en un espacio donde impera un orden, donde se ejerce una producción y donde existen jerarquías) fueron «tumultuosas»: «... enlazar, bolear, correr en el rodeo y [...] domar potros, tirar el cuchillo...»;⁵⁷ lo que de otra manera puede ser expresado así: ocupaciones inherentes a la cría del ganado en las vastas estancias de ambas bandas del río y de tierras interiores: las únicas apropiadas para el ejercicio de la funcionalidad exigida;

— «Su agilidad y destreza en el manejo de las armas y el caballo, su actividad en los trabajos de campo unidas a su fuerza corporal, le dieron un grande ascendiente sobre sus peones y compañeros»;⁵⁸

— Pero, «... para vivir necesitaba agitación y peligros; la quietud lo mataba...»;⁵⁹ lo que es sinónimo de individuo de mala entraña, originariamente perverso;

— «El continuo trato con los contrabandistas brasileros [...], le inspiró un grande amor por la vida errante e independiente»;⁶⁰ «grande amor» prefigurado en los rasgos anteriores, pero que ahora se ven agravados por una vida impostada en el delito;

— «A los 18 años de edad abandonó clandestinamente la casa paterna y se unió a una partida contrabandista»;⁶¹ lo que hace de él un mal hijo a temprana edad, ya que sus padres, gente decente como reconoce Mitre, no le hubieran consentido el que gastara sus robustas energías en una vida al margen de la ley;

— «Parece (¡parece! L.P.) que el ruido de la civilización —estima Mitre—, que iba inundando el desierto, producía en él el mismo efecto que el golpe del hacha en Ojo de Halcón»;⁶² o sea que lo hería profundamente;

— «... no podía soportar la superioridad de los demás [...], y buscaba hombres que supieran obedecer y callar»;⁶³

—«Quiso formarse una fortuna debido sólo al sudor de su frente y este noble orgullo lo condujo a unirse a una gavilla de fascinerosos»;⁶⁴ y aquí reaparece el tema del contrabando, sobreentendido, claro está, pero rescatando Mitre la nobleza de toda actitud

⁵⁵ Bartolomé Mitre, «José Artigas», en *Obras completas*, vol. 12, *Honorable Congreso de la Nación*, Buenos Aires, 1949, p. 264.

⁵⁶ Bartolomé Mitre, «José Artigas», en *Obras completas*, vol. 12, *Honorable Congreso de la Nación*, Buenos Aires, 1949, p. 264.

⁵⁷ Bartolomé Mitre, «José Artigas», edición citada, p. 264.

⁵⁸ Bartolomé Mitre, «José Artigas», edición citada, p. 264.

⁵⁹ Bartolomé Mitre, «José Artigas», edición citada, p. 264.

⁶⁰ Bartolomé Mitre, «José Artigas», edición citada, p. 264.

⁶¹ Bartolomé Mitre, «José Artigas», edición citada, p. 264.

⁶² Bartolomé Mitre, «José Artigas», edición citada, p. 264.

⁶³ Bartolomé Mitre, «José Artigas», edición citada, p. 264.

⁶⁴ Bartolomé Mitre, «José Artigas», edición citada, p. 264.